

COMEDIA FAMOSA.

EL OFENSOR DE SI MISMO.

DE DON CHRISTOVAL DE MONROY.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Juan. Doña Leonor. Doña Beatriz. Don Pedro.
 Don Diego. Don Enrique, su tío. Inés, Criada. Senacho, Criado.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Diego, Doña Leonor,
 Doña Beatriz, e Inés.

Leon. **F**uese mi tío? Inés. Señora,
 en este instante se fue.

Leon. Y cerraste? Inés. Ya cerré.

Leon. Pues por si volviere ahora,
 ve con mi prima al balcon,
 y de lo que huviere avisa;
 y perdona, que es precisa,
 Beatriz, aquesta ocasion.

Beat. Ya te obedezco, y las dos
 vamos. Leon. Haz, que Inés esté
 con cuidado. Beat. Si haré.

Leon. Dios os guarde.

Beat. A Dios. Leon. A Dios. *vanse.*

Dieg. Ya se fueron: di, Leonor,
 qual ocasion te ha obligado
 à buscar con tu cuidado
 sobrefaltos à mi amor?
 Que desde que entré en tu casa
 estoi confuso, y perdido,
 dime, que te ha sucedido?

Leon. Oye, sabrás lo que pasa.
 Bien te acordarás, Don Diego,
 como saliendo una tarde,
 al jardin yo con mi prima,
 por divertir mis pesares,
 cuyas aguas crystalinas,
 cuyos floridos esmaltes
 inundan con blanco aljofar
 las flores, que alienta el ayre,

te ví (ay, Cielos!) y me viste,
 galanteando arrogante
 à otra Dama, y yo atendiendo
 al entendimiento, al talle,
 al aire, à la gentileza,
 à la gala, y otras partes,
 que en pocos se hallan juntas,
 aunque en ti juntas se hallan;
 di permission à los ojos
 para mas tierna mirarte,
 porque como son dos niñas
 las que en nuestros ojos yacen,
 y son las niñas amigas
 de galas, viendo en tu traje
 tanta gala, y bizarría,
 no es mucho les agradases.
 Aunque visto à buena luz,
 por verte tan fino amante
 con la Dama que hablabas,
 zelosa empecé à picarme,
 y à los zelos se siguió
 la voluntad de adorarte,
 que no hay zelos sin amor;
 zelosa, amante, y cobarde,
 hurtando el alma al sosiego,
 huyendo al rostro la sangre,
 el alma siguió otro rumbo,
 el rostro vistió otro traje,
 trasladando los efectos
 del corazon al semblante:
 sin lengua hablaron los ojos,

El Ofensor de si mismo.

entendiste mis pesares,
y desde entonces, Don Diego,
euidadoso, y vigilante,
de dia me galanteas,
de noche rondas mi calle.
Ya sabes, que correspondo
tu voluntad, y ya sabes,
que te adoro, que te estimo,
que te quiero, y esto baste
para ponderar mi amor,
que llegar à confesarle
una muger como yo,
de prendas tan principales,
es mucho, pues no pudieron
honrosos disimularle,
de su opinioa el respeto,
y el decoro de su fangre.
Dos años ha, sino figlos,
que nuestras almas constantes,
en reciprocas finezas,
gozan favores notables.
Mas como à la Nave airosa,
que en los ceruleos crystales,
prosperamente navega,
corriendo, y volando grave,
con pies de madera el agua,
con alas de lino el aire,
y furioso el uracán
desbarata en un instante
su quietud, y perseguida
del Mar, que en rigores tales
con promontorios de espuma
la acomete, y la combate:
y así à nuestro amor se atreven
rigores, que le amenacen,
tormentas, que le apasionen,
y peligros, que le acaben.
Sabrás, Don Diego (ay de mi!)
aqui empiezan (duro trance!)
mis desdichas (pena extraña!)
sabrás, mi bien (qué pesares!)
que Don Enrique (ò, rigores!)
mi tio, de Beatriz padre,
à quien por muerte del mio

le toca (ay de mi!) ampararme,
está resuelto (qué ahogo!)
está resuelto à casarme,
con quien, no sabré decirte,
que mal pudiera estudiarle
el nombre à quien aborrezco,
y mas quando: : *Dieg.* Baste, baste,
Leonor, buen achaque eliges,
ingrata, para dexarme.
Leon. Qué dices? *Dieg.* Pues quien ignora,
que si de veras me amases,
ni rigores de tu tio,
ni persuasiones de nadie,
ni de tus deudos la fuerza,
pudieran, Leonor, ser parte
para estorvar nuestras bodas?
con amor nadie es cobarde;
y pues tan cobarde estás,
ya dexas de ser amante:
quedate, à Dios. *Leon.* Oye escucha:
Ay, Don Diego, no me mates,
que me atormentas el alma!
Qué remedio puede darse,
quando mañana mi tio,
dice, que ha de desposarme?
Buscale tu, esposo mio,
que en vano te persuades
contra mi amor, y firmeza,
quando te adoro constante.
Dieg. Es muy facil el remedio.
Leon. Qual? *Dieg.* No querer casarte.
Leon. Pues qué inferirá mi tio,
quando me advierta mudable
à su eleccion, y obediencia?
No ves, que sospecha, ò sabe,
que nos queremos los dos,
y si le resisto, es facil
el confirmar nuestro amor,
y pasar yo mil desayres?
Dieg. Pues si estás tan temerosa,
qué puedo yo aconsejarte,
fino dar voces zeloso,
decir locuras de amante,
y morirme de mis zelos,

De Don Christoval de Monroy.

que es la enfermedad mas grande.
Leon. Don Diego, porque conozcas
mi amor, y no le maltrates,
digo, que le estimo mas,
que el pundonor de mi sangre.
Ven à mi casa esta noche,
donde podrás confirmarle;
sola te espero à las once,
y no te acompañe nadie,
ni entienda aquesto mi prima,
que quiero, aunque à mi me agravie,
que no se ofenda mi amor,
aunque mi opinion se aje.

Dieg. Aun no creo lo que escucho;
dexame, Leonor, bafarte

los pies. *Leon.* Aqui están mis brazos.

Dieg. Quien mereció bien tan grande!

Leon. Puedo, Don Diego, hacer mas?

Dieg. Eres exemplo de amantes:

allí viviré seguro,
mientras que los Cielos trazen
nuestras bodas: mas qué es esto?

Salen Doña Beatriz, è Inés.

Inés. Mi señor viene. *Beat.* Mi padre?

Leon. A Dios, y lo dicho dicho.

Dieg. A Dios, y el Cielo te guarde:

à Dios, Beatriz. *Beat.* El os libre
de peligros semejantes.

Vanse, y queda sola Beatriz.

Beat. Valgame el Cielo, qué miro!

no sé, no sé como caben
tantos generos de ahogos,
de zelos tantos linages,
en la mina de mi pecho,
sin que puedan reventarse.
Si amor es fuego, y su humo
son los zelos que de él nacen,
donde este humo se esconde,
quando tanto el fuego arde?

Quiero à solas referir
mis ansias, y mis pesares,
pero mejor es callarlas,
basta que las sufra, y pase.
Que repetir una pena,

quando la pena es tan grande,
valor añade al disgusto,
y añade al dolor quilates,
aunque no salgan del pecho
tantos ardientes volcanes,
y sus zelosos incendios
los Elementos abrasen.
Yo quiero, qué poco he dicho:
yo estimo, anduve cobarde:
yo adoro, que corta anduve:
yo tengo amor, esto baste,
à Don Diego, que quien tiene
amor, entender es facil,
que quiere, estima, y adora,
loca, perdida, y amante.
A Don Diego he dado el alma,
idolatra de su imagen,
y es tan adversa mi suerte,
que la tiene, y no la sabe.
Eos interpretes del alma,
que son los ojos cobardes,
no se atreven à explicarla,
porque se pone delante
la voluntad de mi prima,
que me reprime, y combate:
quien con zelos es prudente?
quien con zelos callar sabe?
Ay de mi, que à todas horas,
sientó zelos! uracancs
de la tormenta de amor,
que inquietan el agua, ò aire.
Y no cabiendo en el pecho
aire, y agua, en un instante
el agua sale en los ojos,
y el aire en suspiros sale.
Qué haré, amor? qué haré,
que no puedo remediarme?
Don Diego quiere à mi prima:
Lonor mi prima es mi sangre,
los dos se están adorando
firmes, tiernos, y leales,
no hay remedio, mi amor muera,
rinda las armas, y emaine
las velas, que la fortuna,

El Ofensor de si mismo.

el tiempo al fin inconstante,
à quien mis ansias apelan,
podrán revocar mis males.

Salen Don Juan, y Senacho de noche.

Juan. No conoces esta calle?

Sen. Qué he de conocer? reniego
de quien me hizo, si apenas
una Estrella, y un Lucero
con la obscuridad diviso.

Juan. Parece, que llueve el Cielo
mas horrores, que crystales;
pues ver confuso no puedo
por donde voy. *Sen.* Agua, Dios:
sabes, señor, lo que temo?

Juan. Qué notable obscuridad!

Sen. Que nos han de nacer berros
en los pies. *Juan.* De ti me espanto,
que ignores adonde estemos.

Yo ha poco que de las Indias
vine à Granada, y no es nuevo,
el no conocer las calles;
pues al fin soi forastero.

Senac. Sabes, señor, donde estamos?

Juan. Donde?

Senac. En el Limbo, esto es cierto,
tu vienes de ver las Damas,
à quien como majadero,
como simple, como tonto,
diste joyas, y dineros,
y como à inocente quiere
castigarte ahora el Cielo;
y al Limbo nos ha traído.

Juan. Cexa diparates, necio,
y ve siguiendo la calle.

Topa Senacho con una esquina.

Senac. Ay! *Juan.* Senacho, qué es esto?

Senac. Me he quebrado las narices
en una esquina, yo miento,
no es este el Limbo, señor,
pues dolor, y pena tengo,
y en él no hay pena, ni gloria:
ay, narices! chato quedo,
que como es negra la noche,
hacer negras es su intento,

por esto he quedado cható,
que es poco menos que negro.

Juan. Senacho, el agua se aumenta,
y no hay donde guarecernos.

Senac. Angurria tienen las nubes,
buen tiempo de taberneros.

Juan. Sigüeme. *vase.*

Senac. Aquí está un portal,
en él defenderme pienso.

Sale D. Diego. Terrible noche! esta casa,
y esta calle es de mi dueño,
la señalaré: quien vá?

Senac. No va, porque se está quedo.

Dieg. Que aguardais, hidalgo, aquí?

Senac. Que desenojado el Cielo,
le ponga freno à las nubes;
si tienen las nubes freno.

Dieg. Este hombre ha de ser sin duda,
estorvo de mis intentos;
defocupe aquefa puerta,
en cortesia. *Senac.* No puedo.

Dieg. Por qué? *Senac.* Porque yo no sé,
en aquette obscuro aprieto,
qué calle es esta, ni donde
estoi, y fuera de aquefio,
está mi muger parida,
y si yo me enojo, es cierto,
que se ha de palmar; pues son
marido, y muger un cuerpo,
repartido en dos mitades.

Dieg. Dexa aquefios argumentos,
y venga conmigo, que
facarle à otra calle quiero,
que va derecha à la Plaza:
porque defocupe el puesto, *ap.*
sin alboroto, lo hago.

Senac. Digo, señor, que obedezco:
quien ha de ir delante? *Dieg.* Yo.

Senac. Vamos, los dos parecemos
en la carcel de la noche,
yo el corchete, y él el preso.

Vanse, y sale Don Juan.

Juan. Senacho, solo he quedado,
perdí à Senacho, y es cierto,

que

De Don Christoval de Monroy.

que no he de saber sin él
ir à mi casa, no puedo
imaginar donde estoy:
aquella puerta han abierto,
quiero llegarme à informar.

Abren, y afomase à una puerta D. Leonor.

Leon. O fue ilusion del deseo,
ò engaño de la esperanza,
ò ahí hablar à Don Diego:
mas aqui se acerca un hombre,
él es, sois vos, dulee dueño?

Juan. Qué escucho? esta Dama aguarda,
como de su voz lo infiero,
algun amante galán:

qué puedo perder en esto,
quando la cautela advierta?

Fingirme el galan pretendo:
yo soi mi bien. *Leon.* Pues entrad.

Juan. Yo me determino, y entro,
pues nada arriesgo en la burla.

Leon. Ya todos están durmiendo;
seguidme, y no hagais ruido,
no rompamos el silencio. *Vanse.*

Sale D. Die. Ya dexo al hombre en la Plaza,
y à ver à mi dueño vuelvo,
esta es la casa, en la rexa
hacer la seña pretendo.

Ay, Leonor, lo que me cuestras!

Nadie responde de adentro,

ò no estarán recogidos,

ò piensa Leonor, que puedo

dilatarse venir à verla,

por la inclemencia del tiempo,

y esto es imputar mi amor

de cobarde, y de grosero.

No hay pena como tener

un hombre que está queriendo

esperanzas dilatadas,

que en amorosos incendios

no hay amor sin esperanza,

ni hay esperanza sin riesgo.

Imposibles hace amor,

quando amor es verdadero,
si halla en el peligro estorvo,

ni suspension en el riesgo.

Su figura lo acredita,

pintaronle niño, y ciego,

desnudo con arco, y flechas,

todo impropio, y todo opuesto:

como es valiente, si es niño?

como desnudo, si es tierno,

y delicado? el estar

desnudo, à un Tartaro, à un Medo

le pertenece, no à un niño

en la Aurora de su tiempo.

Y apretando mas el punto,

como trae flechas, supuesto,

que tiene venda en los ojos?

Como ha de apuntar, si es ciego?

y si lo es, por qué le ponen

venda en los ojos? no es cierto,

que es en un ciego excusada?

claro está: mas los ingenios,

en hieroglyphico tal,

manifestar pretendieron,

que amor todo es imposible,

porque quien ama resuelto:-

Abren, y salen al paño D. Juan y Leonor.

Dieg. Mas qué es esto? la puerta abren

con recato, y con silencio,

cierta es mi dicha, qué dudo?

Leonor es esta, qué temo?

Leon. A Dios, mi bien.

Enrase, y llega D. Diego à D. Juan.

Dieg. Eres tu,

dulce idolatrado dueño?

Juan. Este es à quien aguardaba,

de sus palabras lo infiero,

yo engañoso la he gozado,

y si ahora à entrarme vuelvo,

puede, estando aqui el galan,

declararse aqueste enredo;

si me voi, me ha de seguir,

y es el peligro mas cierto:

qué puedo hacer? *Dieg.* No respondes?

Juan. Ya han cerrado, y no hay remedio,

pues la obscuridad me vale,

lo mejor es irme huyendo. *vase.*

Dieg.

El Ofensor de sí mismo.

Dieg. Un hombre salió de casa
de mi Leonor, quando abricron,
y no puede ser su tío,
porqué me oía hablar tierno,
y no respondía palabra,
mudo he quedado, y suspenso.
La puerta han vuelto à cerrar,
qué haré? (terrible aprieto!)
Mas si huviera otro gozado
la ocasion que amante espero:
pero qué digo? ay de mí!
solo de pensarlo tiemblo:
yo he de seguir este hombre,
que es ocasion de mis zelos.
Aguarda, y si has prophanado
las reliquias de mi pecho,
quitame, traidor, la vida,
que todo será lo mesmo.

O, noche, que à mis abogós
obscura niegas remedio,
no lo oculten tus tinieblas,
ni lo sepulsen tus velos! *vase.*

Sale Sen. Gracias à Dios, que he llegado
à mi casa, quando el Cielo
menos airado permite
la luz de agenos luceros.
Don Juan se quedó perdido,
que no ha de acertar es cierto,
en toda esta noche à casa,
fino es que tope primero
con aquel Angel de guarda,
que me facó del Infierno,
y llevandome à la Plaza
(ò, quando se lo agradezco!)
pude desde ella venirme.

Sale Don Juan. Senachó?

Senac. Qué es lo que veo?
quien te ha traído? *Juan.* Mi dicha.

Senac. Qué te ha pasado? *Juan.* El suceso
mas peregrino, que has visto.

Senac. Topaste con un mancebo,
que anda enseñando por Dios
por las calles? *Juan.* Calla, necio:
mil veces dichosa noche.

Senac. Qué tienes, señor? qué es esto?
dime, qué te ha sucedido?

Juan. Si eitará ahora despierto
mi primo? *Senac.* No, que es temprano,
aunque en orientes soberbios,
se oyen rascar los caballos
de la Carroza de Phebo.

Juan. Pues no quiero despertarle,
que en vittiendose Don Pedro,
fabréis el caso los dos,
y no he de ser tan grosero,
que para lo que no importa
le despierte; quando vengo
de las Indias, y en su casa,
como amigo, y como à deudo,
me hospeda con tanto gusto,
y con prudentes acuerdos,
en Granada me ha buscado
un illustre casamiento.

Senac. No ignoro yo lo que estimas
à tu pariente Don Pedro,
pues fias de él el casarte,
y él solo eleccion ha hecho
de la Dama. *Juan.* Ya he sabido,
que es noble, y bella en extremo,
y el dote diez mil ducados,
que con mi plata, y con ellos,
no lo pasaremos mal.

Senac. Ya, señor, viene Don Pedro
à darte los buenos dias.

Sale Don Pedro.

Juan. Primo? *Ped.* Primo déos el Cielo
buenos dias. *Juan.* El os guarde,
y à vos os los dé tan buenos
como à mi, primo, las noches
en Granada, que de intento
aqui os he eitado aguardando,
porque sepais un suceso,
que esta noche me ha pasado.

Ped. De disgusto, ò de contento?

Juan. De lo segundo. *Ped.* Decidlo,
que me holgaré de saberlo.

Juan. Fabula parece el caso,
escuchadme, primo, atento:

De Don Christoval de Monroy.

En esta obscura noche,
despues que Phebo en su dorado coche
se despenó à las olas Españolas,
bañando su fulgor entre las olas,
y con muda porfia,
la noche se bebió la luz del dia,
y rebozado el Cielo
con un manto de negro terciopelo
negó su luz astuto,
è todo se vistió de negro luto,
cubierto de tinieblas, y capuces,
por la muerte del padre de las luces;
y porque no faltáran
lagrimas, que su muerte ponderáran,
lloró el Cielo con tristes desconuelos,
siendo las nubes ojos de los Cielos.
Fuí à casa de unas Damas,
del amor dulces llamas,
y previniendo amores,
lisonjas dixè, y recibí favores.
Despedime cortés de su hermosura,
fue la noche tan triste, y tan obscura,
q̄ yo, y Senacho en sombras semejantes
perdiamos las callas por instantes,
sin saber como, ò donde,
me hallé à una puerta donde el Sol se
esconde ;
la puerta al punto abrieron,
y con voz temerosa me dixeron :
Sois vos, mi bien? Yo el lãce adivinã lo,
finjo al galan la voz disimulando,
entro en su casa con la voz incierta;
cierra al punto la puerta,
y asidos de las manos, à una sala,
que thalamo amoroso la señala,
de la esperada boda,
la Dama me llevó turbada toda,
con aliento brioso,
con brio temeroso,
con temores lozanos,
temblando las palabras, y las manos,
ò ya del sobresalto, ò ya del gusto,
palpitando el aliento con el susto.
Era la sala de Morpheo coche,

y carcel de la sombra de la nôche;
y así el tacto en tan celebres despojos
substituyó el oficio de los ojos ;
gocé, sobre un tapete recostado,
ò alfombra que cubria algun estrado,
prevenidas finezas,
dulcissimos favores, y ternezas.
Mi bien, pues soi tu esposa,
me dixò, no te espantes, que amorosa
el alma, aunque cobarde,
del amor que te tiene haga alarde.
Disimulo la voz, y en este empeño
de achaque me sirvió de casa el sueño,
y todo recatado, y cauteloso,
digo q̄ soi su amante, y soi su esposo.
Con intentos no vanos,
el rostro le examino con las manos,
y sin verlas en tales confusiones,
me enamoraron todas sus facciones,
que como allí no pude yo mirarla,
bella la imaginé para gozarla,
è imaginada hermosa,
el alma me abraçó, qué extraña cosa!
y aunque en tales despojos,
siempre amor suele entrarle por los ojos,
en mi entró, sin que el alma se resista,
por la imaginacion, no por la vista,
y pues es ciego amor, fue sin sosiego
mas perfecto mi amor, porque fue ciego
de la verdad amante que no miro;
llego à tocar su boca, quando admiro
su poca resistencia,
à lo que me tomé mucha licencia,
y despues alentando mi osadía,
favores mas costosos prevenia.
Visteis dos Tortolillas en un prado,
que examinando amantes su cuidado,
se arrullan con exceso,
y se cuentan las plumas beso à beso?
Viste algun arroyuelo,
columna de crystal, senda de yelo,
que haviendo con ardores
à cuchillo pasado al Sol las flores,
parece arroyo hecho en tales penas,
de

El Ofensor de si mismo.

de fangre, de jazmines, y azucenas?
Pues como aqueſtas aves,
alternando requiebros tan ſuaves;
pues como aqueſtas fuentes,
repitiendo favores diferentes,
gozé en dulce deſvelo,
el roſicler obſcuro de ſu cielo.

Ya os pinté mi oſadía,
y que la Dama no ſe reſiſtía:
y aſí al ſilencio, primo, me acomodo,
que en lo dicho ya lo he dicho todo.

Deſpedíme cortés con un abrazo,
ella me guia, aſiendome del brazo:
al deſpedirme de ſu roſtro bello,
una bordada vanda le eché al cuello,
y ella me dió eſta joya, que es hermosa,
de eſtos diamantes carcel rigoroſa.

Llegamos à la puerta,
à la calle ſalí deſpues de abierta,
y el galan deſcuidado,
que la eſperaba ya deſeſperado,
juzga que ſoi la Dama,
con requiebros me llama,
yo turbado en la empreſa,
ſalgo, y vuelvo una calle tan de prieta,
que ſi bien me buſcaba,
la obſcuridad dudosa me ocultaba,
y ſin averiguar quien le ofendia,
ſe fue à ſu caſa, y yo me fuí à la mia.

Pedr. Amorosa ventura!

Juan. Todo lo debo à noche tan obſcura.

Pedr. Y no ſabeis la caſa

de eſe Sol, que ſin verlo ya os abraſa?

Juan. Ni la caſa, ni calle ſaber puedo.

Senac. Y no tuviſte miedo?

Juan. No teme mi valor ninguna coſa.

Sen. Y ſi acaſo eſta Dama no es hermosa?

ſi es necia, vieja, ò fea?

Juan. No puede ſer, que al fin la galantea
algun galan, y pues la ama,
alguna coſa nueva hay en la Dama:
ſi es bella, aunque en ingenio limitada,
por ſer hermosa, puede ſer amada:
ſi es fea, es entendida,

y por diſcreta puede ſer querida.

Pedr. Mira quien llama: caſo prodigioſo?
haveis, Don Juan, andado venturoſo.

Sen. D. Enrique, ſeñor, ¿ quiere hablaros.

Pedr. El tio de Leonor, con quien caſaros
pretendo, es eſte, primo:

ſeñor. *Sale Don Enrique.*

Enr. Guardeos el Cielo.

Juan. Mucho eſtimo

la merced que me haveis hecho.

Enr. Soi criado vuestro.

Pedr. Ea coſas de provecho
daros guſto quiſiera.

Juan. Eſtoi agradecido de manera
en eſte caſamiento, Don Enrique,
que no sé como el guſto ſignifique
del alma, que ſe alegra ganancioſa.

Enr. No merece Leonor ſer vueſtra eſpoſa.

Pedr. Siga la execucion à los intentos,
y excuſemos corteses cumplimientos.

Enr. Yo hablé à mi ſobrina,
y ella que ya felice ſe imagina,
tan cuerda correſponde,
que callando obedece, y me reſponde.

Juan. Pues no haya dilacion, eſta ſemana
ſe puede eſeſtuar.

Enr. Yo ſoi quien gana.

Juan. Yo la eſtimo en dicha ſemejante,
ſin verla como eſpoſo, y como amate.

Enr. Es de nobles, y ſabios no fiarſe
del guſto, ſolo al intentar caſarſe,
que en honroſos deſpojos,

honor ha de elegir, y no los ojos.

Juan. No he de ver à mi eſpoſa,
haſta darle la mano venturoſa.

Enr. Sois noble, y ſois prudente.

Pedr. Prevenirnos podremos brevemente.

Enr. Por daros lugar me voi.

Juan. El Cielo

os guarde, y ponga limite al deſvelo.

Enr. A Dios.

Juan. Mi dicha el alma adivina.

Enr. Voi à avifar de todo à mi ſobrina.

Vanſe. y ſalen D. Diego, y Doña Leonor.

Leon.

De Don Christoval de Monroy.

Leon. Hombre, qué intentas? qué dices?

Dieg. Dexame, ingrata Leonor,
suelta, aleve, y plegue al Cielo,
à quien mis suspiros doi,
à quien remito mis ansias,
y presento mi dolor,
que tu falcedad castigue.

Leon. Don Diego, no es tiempo, no,
de burlas: Don Diego, dueño,
esposo: Valgame Dios!

Como me niegas, que à noche
entraсте (sin vida estoi!)
en mi casa? qué pretendes,
infamando mi opinion?
No te dí (ay de mi!) del alma
la amorosa posesion,
entre suaves requiebros?
no dixiste tuyo soi?

No te entregué, esposo mio,
el castillo de mi honor,
cuya fortaleza el alma,
tanto tiempo defendió?
No me diste aquesta vanda,
y yo te dí otro favor?
como lo niegas! qué es esto?

Dieg. Dexame, que vive Dios,
que à no ser el darne muerte,
loca desesperacion,
diera esta daga en mi pecho,
que pasara al corazon,
por no morir de mi infamia,
que es muerte de mas rigor.

Leon. O quanto me pasa es sueño,
ò he perdido la razon
con el disgusto, ò me engañas.

Dieg. O yo sin discurso estoi,
ò no entiendo lo que escucho,
ò tu me engañas, Leonor.

Leon. Vive el Cielo, que dé voces
pregonando tu traicion!
tirano, el honor me debes.

Dieg. Yo no le debo à tu honor,
ni à tu mano, hiera ingrata,
sineza, ni algun favor,

que obligue à satisfacer.

Loco me tiene el furor!

Yo no entré anoche en tu casa,
algun hombre te engañó,
que sin conocer, tuviste
por mi (qué mortal estoi!)
aguardando à que me abrieras
estaba, quando salió
de tu casa un embozado,
con cautelosa traicion;

y aunque procuré alcanzarle,
la noche me lo escondió:
la desgracia ha sido mia:
quedate, Leonor, con Dios,
que yo voi desesperado

à ser: *Leon.* Aguarda, el dolor
de nudo sirve à la lengua,
de entredicho à la razon.

Don Diego (ay de mi!) *D. Diego:*
él sin duda se casó,
que es ordinario enfadarse
quien llega à la posesion;
y para dexarme ahora,
esta cautela trazó:

Don Diego, esposo, que digo?
yo con ternera, y amor?
ingrato, villano, aleve.

Sale Inés. Ay, señora, que señor
es aquel que viene allí,
y ya el corredor pasó!

Leon. Escondete en esa sala.

Dieg. Quien tuvo tanta passion?

Escondese, y sale Don Enrique.

Enr. Sobrina? *Leo.* Señor? *Enr.* Yo vengo?

Leon. Mas si ha sabido mi amor,
y que está Don Diego aqui?

Enr. Mui enojado por Dios:-

Leon. Cierta mi sospecha fue.

Enr. Porque me han dicho, Leonor:-

Leon. Claro está que le havran dicho,
que aqui Don Diego subió.

Enr. Que anoche:- *Leon.* Peor es esto:
qué susto! qué turbacion!

Enr. Y otras noches antes de esta

El Ofensor de sí mismo.

róndan la calle por vos.

Leon. Gracias al Cielo (qué ahogo!)
vano salió mi temor.

Enr. Yo os propuse el casamiento
con Don Juan, hoy se trató
de nuevo, y está Don Juan
aficionado de vos.

Dixe como os dí ya cuenta,
y al silencio remitió
la cortedad de muger,
pues tan obediente sois.

Prevenios por mi vida,
que no ha de haver dilacion:

y si acaso alguna galan
da nota, cañada vos,
se estorvarán los decires:

no digo por este yo,
que vos teneis culpa alguna,
que bien sé vuestro valor:
qué me respondes, sobrina?

Leon. Quiero probar el amor
de Don Diego, pues me escucha,
dandole zelos: que estoi
obediente à vuestro gusto.

Enr. Siempre, Leonor, prometió
vuestra cordura respuesta
semejante. **Dieg.** Ay tal rigor!
à casarse está resuelta.

Enr. Ya Don Juan con aficion
fue à preveniros las galas:
quedaos, sobrina, con Dios,
y no esteis triste. **Leon.** El os guarde.

Vase, y sale Don Diego.

Dieg. Qué al fin te casas, Leonor?
Dios te guarde con tu esposo,
y aumente tu sucesion.

Leon. Oye. **Dieg.** No hay remedio ya.

Leon. Escucha. **Dieg.** Suelta, Leonor.

Leon. No te vayas, que mi tio:-

Dieg. Ya se fue tu tio, à Dios. *vase.*

Leon. Aguarda, Don Diego, aguarda,
ay tal desesperacion!

Quien se vió en tal aprieto?

Quien tal pena padeció?

Diré mi mal? Es locura:

Diré mi agravio? Es error:

Vengaréme? Como puedo:

Qué he de hacer? Vive Dios,
villano, que aunque se ofenda

mi decoro, mi opinion,

si puede ofenderse mas,

que has de ver en mi valor

la mas sangrienta venganza,

y el castigo mas atroz. *vase.*

JORNADA SEGUNDA.

*Salen Don Diego, y Doña Beatriz con
un volante cubierto el rostro.*

Dieg. Si merece algun favor,
señora, mi cortesia,
no oculteis, por vida mia,
ese bello resplandor:

dadle asumptos al amor,

y à vuestros ojos despojos,

afrentad los rayos rojos

del Sol, que si bien lucidos,

es fuerza quedar corridos,

si descubris vuestros ojos.

Pues con señas me llamais,

que permitais veros ruego,

pues quando llamado llego,

de que os mire os recatais:

qué queréis? ¿q me mãais? *Descubrefse.*

Beat. Don Diego? **Dieg.** Esposa, mi bien,

vos sois, Beatriz? pero quien

sino vos pudiera dar

placer en tanto pesar,

favor en tanto desden?

Crosero anduve por Dios,

en la duda que tenia,

pues quien festejos podia

dar al jardin, sino vos?

Diganlo estas fuentes dos,

que en arroyos transparentes,

forman cursos diferentes,

y entre las flores lucidas,

salen de veras corridas,

De Don Christoval de Monroy.

si à veros llegan corrientes.

Beat. Yo, Don Diego, os he llamado para hacer aqueſtas paces con Leonor. *Dieg.* Mal fatiſfaces, bella Beatriz, mi cuidado: ya de Leonor olvidado, à tu padre te pedí por eſpoſa, y me dió el sí: confidera ſi es error hacer paces con Leonor, quien te eſtá adorando à ti?

Beat. Amante, y agradecida me confieſo por dichofa, mereciendo ſer tu eſpoſa: pero ſi miro ofendida à mi prima, qué ſalida puedes dar à tu mudanza, ſi de ti eſte premio alcanza deſpues de un ſiglo de amor? yo que hoy empiezo, es error amarte con eſperanza.

Qué ocaſion te dió mi prima que de ella eſtás ofendido?

Dieg. Ni es deſprecio, ni es olvido, que à Leonor el alma eſtima (no sé cómo me reprima) eſcribiendo ſu aficion.

Beatriz, ſobre el corazon echó un borron (ay de mi!) y lo eſcrito haſta allí lo borró con el borron.

Ya del alma eſtá olvidada, Leonor, y la cauſa dió.

Beat. No ſabré, Don Diego, yo la cauſa mas clara?

Dieg. No. *Beat.* Si la tienes ya borrada, mi amor, que el tuyo pretende, de mal pagado ſe ofende; y es cierto, que es mal pagado, porque ſobre lo borrado ninguna letra ſe entiende.

Y aſí, qué fatiſfacciones tendré de tu amante arder, ſi la letra de mi amor

eſcribes ſobre borrones?

Dieg. Si con dorados harpones, flechaſte el alma amorofa, y es negro el borron, curioſa advierte, quando te adoro, que ſobre lo negro el oro luce mas, Beatriz hermoſa. Leonor con Don Juan ſe caſa, que la eſtima ſin deſden, y yo contigo, mi bien, no ha ſido mi ſuerte eſcaſa.

Beat. Temó ocupar eſta plaza, ſeñor Don Diego, por Dios, que aunque ſois tan fino vos, recela el alma importuna, que quien mudable es con una, ſerá mudable con dos.

Dieg. Que no fue mudanza advierte, porque haviendo tu de amarme, quife en Leonor enſayarme, para enſeñarme à quererte, y enſeñado de eſta ſuerte te vengo, Beatriz, à ver, para empezarte à querer, porque quife antes de amar, en otra, aprendiendo, errar, y no en ti, errando aprender.

Beat. Ay de mi! yo eſtoí turbada, gente ſuena en el jardin.

Dieg. Pues eres ſu Seraphin, defiende, Beatriz, la entrada.

Beat. A Dios, y no ſepa nada mi prima, que tendrá zelos.

Dieg. Olvidad eſos recelos.

Vaſe Doña Beatriz, y ſale un criado con un papel.

Criad. Aquette papel me han dado, Caballero, para vos.

Dios os guarde. *Vaſe el Criado.*

Dieg. Guardeos Dios: el papel me da cuidado.

Lee. Un Caballero à quien habeis ofendido, para fatiſfacer ſu agravio, os aguarda eſta noche en la puerta de E. v. r. a.

El Ofensor de si mismo.

Dudando estoi lo que ví!
alguna traición infero,
pues no sé que Caballero,
esté ofendido de mi.
Cautela de algun traidor
debe de ser, que me aguarda;
pero nada le acobarda
al brio de mi valor.

De aqueste papel callar,
y obedecer es respuesta:
la Puerta de Elvira es esta,
aquí pretendo aguardar;
que ya despeñado el Sol,
en el Mar quiere apagarse,
perfilando al ocultarle
las nubes con su arrebol.
La Luna con desconuelo
de no ver al Sol brillar,
para salirle à buscar
puebla de antorchas el Cielo.

Sale Doña Leonor de hombre.

Leon. Sin duda Don Diego es este.

Dieg. Este es mi competidor.

Leon. Yo te mataré, traidor, *ap.*
aunque la vida me cueste:

él es, muera. *Dieg.* Detente, aguarda
antes de reñir. *Leon.* Qué quieres?

Dieg. Saber pretendo quien eres.

Leon. Qué temes? qué te acobarda?
un hombre soi agraviado.

Dieg. No ví furia mas cruel, *ap.*
el Infierno todo en él
parece que está cifrado.

Sin conocerte primero,
yo no he de reñir contigo:
quien eres? *Leon.* Soi tu enemigo.

Dieg. Por qué? *Leon.* Decirlo no quiero,
haz de tu valor alarde,
muestra el brio, y cierra el labio,
que mas que mi proprio agravió
fiento el hallarte cobarde.

Dieg. Dime quien eres, por Dios,
que aunque puedo darte muerte,
estoi temiendo ofenderte,

Leon. Solos estamos los dos,
profeguir el duelo intento,
resiste mi valentía:

no llegas? *Dieg.* Ay tal porfía!

Leon. Mataréte. *Dieg.* Ay tal aliento!
un extraño impulso admiro,
y tiene en mi poder tanto,
que quando el brazo levanto,
me arrepiento, y le retiró.

Leon. Qué esperas, villano, loco,
cobarde, vil enemigo,
no quieres reñir conmigo?

Dieg. Si; mas aguardate un poco,
no sé que tienen tus labios,
pues agraviado me ánimo
à matarte, y luego estimo
por lisonjas tus agravios.
Mas si te enoja, y enfada
este termino cortés,
aguarda, y sabrás quien es
este brazo, y esta espada.

*Riñen, y D. Diego le gana le espada à
Leonor, descubre la, y conocela.*

Dieg. Valgame el Cielo, qué miro?
Leonor, tu en traje de hombre?
qué es esto? *Leon.* Vengar, D. Diego
agravios, y sinrazones,
y no fiar la venganza
de otro brazo, y otro estoque.

Dieg. Admirado estoi de verte.

Leon. Como yo de tus traiciones.

Dieg. Sin vida estoi. *Leon.* Yo sin honra,
que es mayor falta en los nobles.

Dieg. No tengo la culpa yo.

Leon. Si tieas, pues con rigores,
menospreciando del alma
los cargos, que te proponen
de cortés, y agradecio,
divinos respectos rompes.

Pues quando yo, atribuyendo
de tus desprecios los golpes,
à fuerza de Astros, que bordan
esphericos pabellones,
regaba, crecía, peinaba

De Don Christoval de Monroy.

con mis lagrimas las flores,
con mis suspiros el viento,
y los campos con mis voces.
Ahora defençada
confirmo el delito enorme,
pues por querer à mi prima,
à mi no me correspondes.
Así premias las finezas?
Así pagas los favores
de dos años que te quise,
à los peligros inmovil,
mas que Pyramo à su Thisbe,
mas que Venus à su Adonis,
mas que Ero à su Leandro,
y mas que Zefiro à Cloris?
Mira en los carmenes bellos,
con organizadas voces,
Embaxadores del Alba
los amantes Ruiseñores.
Mira al mentido Jacinto,
que roxas vandias descoge,
mira à Narciso, y à Clície,
del amor transformaciones.
Y si Amantes no te obligan:
escarmientos te provocan:
vuelve los ojos à Daphne,
vuelve à Siringa los soles.
Teme, que tu tiranía
te transforme en peña, ò roble,
mi bien, no iguala mi prima
mis ansias, y mis amores,
premiarlos, verás, Don Diego,
que te dá aplausos el Orbe,
que te celebra la Fama,
que te veneran los hombres,
que te respeta el olvido,
que te amartelan las flores,
que te observa la memoria,
y te aclaman las Regiones.
Y si el amor no te obliga,
como, dime, siendo noble,
quieres sin honor dexarme?
No te enternecen mis voces?
Como has de faltar, Don Diego,

à tantas obligaciones?
No ves el riesgo en que vivo?
Mi peligro no conoces?
escucha, Don Diego, espera,
detente, Don Diego, oye,
Don Diego, como me dexas,
y à casarte te dispones?
En qué te ofendí, Don Diego?
Oye, mi bien, no te enojas:
Mis lagrimas no te mueven?
No te ablandan mis dolores?
No te lastiman mis ansias?
No te incitan mis pasiones?
Sino he de fer tuya, ò caigan
las cervices de estos montes
sobre mi, rayes despida
aparatosa la noche
contra mi vida, y sean lazos
mis cabellos, que me ahoguen,
y algun acero piadoso
mi infelice cuello corte,
y tanta sangre derrame,
que equivocadas las flores,
à formar el Sol el día,
riñan sobre los colores,
siendo yo triste despojo
de tus ofensas enormes.

Dieg. Toda el alma me enterneces,
Leonor: pero tus pasiones
no pueden hallar remedio,
que sus ahogos revoquen.
Y aunque fui primera causa
de tu daño, no fui el hombre,
que tyranizó tu honor,
porque te engañaste entonces.
Por esas luces del Cielo,
que galantes, y conformes
sus secretas influencias
le comunican al Orbe.
Por la Cruz de aquesta espada,
que es la verdad quanto oyes:
tu ahora juzga por ti,
siendo honrada, siendo noble,
qué hicieras en este lance?

Dile

El Ofensor de si mismo.

Dilo ya, el silencio rompe.

Leon. Al fin, que tu estás resuelto, sin que mis penas te estorven, à casarte con mi prima?

Dieg. Esto mi fortuna escoge.

Leon. Y has de ser su esposo? **Dieg.** Si.

Leon. Y ha de ser mi dueño otro hombre?

Dieg. Claro está. **Leon.** Y he de estar viva?

Dieg. Olvidando los rigores de tu Estrella, pues adversa en tal estado te pone.

Leon. Pues Don Diego, sino tienen remedio mis males, oye, una palabra has de darme.

Dieg. Y es? **Leon.** Que jamás con tus voces has de publicar mi afrenta.

Dieg. Ofendes mi sangre noble con presuncion tan villana,

Leonor. **Leon.** Pues qué me respondes?

Dieg. Que lo debo hacer por mi, quando por ti no lo otorgue.

Leon. Dime, si tu te casáras, Don Diego, amante, y conforme, y halláras como yo estoi, à tu esposa aquella noche, qué hicieras? **Dieg.** Con esta daga pasára su pecho entonces.

Leon. Pues yo me quiero casar: pues si Don Juan corresponde à su sangre, ha de matarme, y en desdichas tan atroces, qué mayor bien que la muerte, pues se acabarán entonces del honor los sentimientos, y del alma los dolores?

à Dios. **Dieg.** El Cielo te guarde.

Leo. Qué al fin te vás? **Dieg.** Leonor, voime.

Leon. Y no he de hablarte mas? **Dieg.** No.

Leon. Y nuestro amor? **Dieg.** Acabóse.

Leon. La esperanza? **Dieg.** Ya dió fin.

Leon. Y te has de casar? **Dieg.** No lo oyes?

Leon. No sientes, que yo me case?

Dieg. Sí: pero un siglo te logres.

Leon. Para qué, si un desdichado

mientras vive muere al doble.

Vanse, y sale D. Juan desposado, y Senacho.

Senac. Qué galan, señor Don Juan, que viene vuestra merced,

como desposado al fin,

competidor puede ser del Sol, quando luminoso

borda el celeste dosél.

Sol es, que se ha de eclipsar

aquesta noche, y Sol es,

que no ha de comunicar

rayos de su roscicler,

mas que à la Luna. **Juan.** Senacho,

olvidarte no podré,

mucho estimo tu lealtad.

Senac. Ya se que me quieres bien,

mas que me darás, señor,

de albricias, y te daré

unas nuevas? **Juan.** Quando yo,

nada que pides negué?

Senac. Si yo huviera visto acaso

à Leonor. **Juan.** Qué dices, que

à mi esposa viste? donde,

quando, dí, viste à mi bien?

Senac. Esta mañana en su casa,

le vi en el jardin coger

flores, porque me escondió,

para que la viera, Inés.

Juan. Y dime, es hermosa? **Senac.** Escucha,

que yo te la pintaré.

Es Leonor blanca, su rostro

naturaleza cortés,

para facarle perfecto

otros mil echó à perder.

Sus ojos negros raigados,

su boca tan chica, que

no se si un garbanzo entero,

en ella le ha de cabér.

Su nariz proporcionada,

y bella, no reparé

si tenia mocos, su frente

linda, y su barba tambien.

Los dientes, yo no los vide,

que era menester romper

De Don Christoval de Monroy.

la boca para mirarlos.
De la garganta la tez,
competidora del rostro,
todo lo que puede ser.
Olvidóseme el cabello,
negro, y bellissimo es,
y tan negro, que es bozal,
mil lazos teje con él,
para perder à las almas,
que condena à padecer.

Al fin, señor, su cabeza
es el Infierno, los pies:
pero las manos se olvidan:
las manos son de papel,
pues tienen los corazones
de todos quantos las ven;
mas es el papel sellado
del primer sello, porque
si con las manos se pide,
se pueda poner con él
demanda de quanta plata
pudiste de India traer.

Al saltar de un arroyuelo
descubrió, señor, un pie,
tan breve, y tan compendiofo,
que al engendrarse à mi ver,
à los pies le faltó carne,
para acabarlos de hacer.

Negro cordobán los ciñe,
rebentando de placer,
y con rosados listones,
que es proprio de Negros, ser
amigos de colorado:

chapines tenia tambien,
y moños en los chapines:
grande boberia es
poner sobre la cabeza
lo que tienen à los pies.

Dió los chapines el uso,
porque no pueden correr,
para alcanzarlas de presto
paso à mi pintura pues.

Llegó à cortar un jazmin,
y al poner la mano en él,

como es tan blanca la mano,
jazmines presumió ser,
y se quedó entre las ramas
asida, hasta despues
que la quitó la otra mano,
y todo fue menester.

Un roxo clavel cortó,
y trasladóle cortés
à los labios, y corrido
de considerar, de ver
que los labios le excedían,
se murió el triste clavel.
Dios te perdone, le dixe,
y à darte nuevas torné
de tu seraphin de alcorza,
por siempre jamás amen.

Jua. Toma un vestido mio, el q quisieres.

Senac. A Alexandro, prefieres,
generoso, y lucido,
pues me das por tu Dama este vestido;
y Alexandro, aunque goza tanta fama,
por no dar un vestido dió la Dama.

Sale Don Pedro.

Pe. D. Juan, galan estais, el Cielo os guarde.

Sen. Como quien se desposa aquesta tarde.

Pe. Un presente os embia Don Enrique,
que es justo, que la fama lo publique.

Juan. De qué? *Pedr.* De dos caballos,
q el Sol para su Carro ha de invidiallos;
uno melado, y negro, tan airoso,
que corriendo brioso,

sudando por su boca espuma risa,
vuela en la tierra, y en el aire pisa.

Es el caballo un viento,

y corriendo en el viento, al verle ateto

dixe, quando el aliento le focorra,

q mucho q en el viento el viento corra?

y es tan al vivo la color melada,

que ví estar una abeja en él turbada,

pues distinguir confusa no sabia,

si era miel verdadera la que veía.

Juan. Hyperbole donoso.

Pedr. Trae un jaez lucido, sí precioso
de terciopelo azul, de oro bordado,

El Ofensor de sí mismo.

y con perlas à trechos recamado,
rayos del Sol, los rayos excesivos,
tres alquas de oro el freno, y los estrivos.

El otro es un castaño belicoso,
arrogante, y furioso,
que quando la carrera ardiente toca,
nieve espumosa escupe por la boca;
y al correr con desvelo,
con las manos, y pies enciende el suelo,
y temiendo se abraze,
con las centellas que en las guijas hace,
al ir corriendo, ó al ir volando,
Phenix parece que se está abrafando,
con un jacz bordado
de plata, y terciopelo naranjado,
siendo del Potosí despojos vivos,
plateado el freno, y los estrivos.

Ju. Mucho, primo, agradezco à D. Enrique,
que con ofertas tales se anticipe.

Sale Don Dieg. Señor Don Juan?

Juan. Señor Don Diego, amigo?

Dieg. Por vuestro me tened.

Juan. Desde hoy me obligo
à servirlos, D. Diego, como à dueño.

Die. Aquesa obligacion es en mi empeño,
como son nuestras bodas esta tarde,
quise de la aficion hacer alarde,
q' os tengo, yendo honrado, y vèturoso,
junto con vos al thalamo dichoso.

Ju. De todo me ha informado ya mi primo:
creed, señor D. Diego, que os estimo,
y me precio de ser vuestro criado,
y que os cueste Beatriz tanto cuidado.

Se. Quiè de los novios dos, có gracia toda,
la mayor necedad dirá en la boda?

Die. D. Juan, como discreto, y entendido,
no dirá necedad, que es advertido.

Ju. D. Diego, como sabio, y eloquente,
no dirá necedades, que es prudente.

Pe. Solo quien tiene amor, dice la fama,
que se turba en presencia de su Dama.

Juan. Yo me doi por turbado,
porque estoi de Leonor enamorado.

Pe. Como si no haveis visto sus despojos?

Jua. No siempre amor entra por los ojos,
tal vez suele elegir otros sentidos,
y en mi el amor entró por los oidos.

Dieg. Vamos? *Senac.* Si han de turbarse,
digan el Credo, y vayan à casarse. *van.*

Sale Doña Leon. Temeroso pensamiento,
afigida phantasia,
que en la noche, y en el dia
solicita mi tormento:
decidme, que es lo que intento?
que puedo (ay de mi!) hacer?
pero ya no he de temer
mayor mal que el sucedido,
que es alivio de un caído
el no poder ya caer.

Como me atrevo à aguardar
à mi esposo sin honor?

Si yo me caso es error,
sino me caso es pesar,

delito el disimular,
ignorancia el descubrir,

llegar al lance, morir,
quien en tal batalla está?

Donde no hay remedio ya,
qué remedio ha de elegir?

Quiero decir à Don Juan
mi afrenta, y mi desatino;

mas, Cielos, que determino?
Mis bodas se estorvarán,

y mis dolores tendrán
principio, es acuerdo ciego
excusar desafosiego,

y echarme todo à perder,
que Don Juan no ha de querer

lo que no quiso Don Diego.
Sino me he de descubrir,

y Don Juan me ha de matar,
yo me resuelvo à casar,

que es lo mismo que à morir:
ayudadme à resistir,

flores, mis penas, pues ya
sin brio el valor está,

llorad, pensando vosotras,
que lo que es thalamo en otras,

De Don Christoval de Monroy.

en mí, tumulto será.
Ya las flores à porfía
sienten mi dolor ahora,
y quando Phebo las dora
en el regazo del día,
viendo la tristeza mia,
dicen: ojos aqui estais,
al Alba el oficio hurtais,
sentís zelos, ó quereis,
sin duda honor no teneis
ojos, pues tanto llorais.

Sale Doña Beatriz con una vanda.

Beat. Prima, sobre aquel bufete
te dexaste aquesta vanda,
yo viendola presumí,
que olvidada la dexabas.
Que lucida! que costosa!
que ricamente bordada!
pontela por vida tuya,
para adorno de tus galas.

Leon. Pues te ha parecido bien,
ponte tu, Beatriz, la vanda.

Beat. Estimola como es justo,
necia anduve en alabarla.

Leon. Ay, vanda! ay, tristes memorias!
vanda tan costosa, y cara,
que del honor mas altivo
fuiсте precio, fuiсте paga,
vanda, que avanderizalte
vanderizes contra el alma,
formando vandos crueles
entre el decoro, y la fama.

Beat. Leonor, la vanda me he puesto:
que te parece? *Leon.* Extremada,
que mal hecho es (ay de mí!) *ap.*
el no entregarla à las llamas;
pues miro, quando la miro,
un testimonio de infamia.

Sale D. Enrique. Sobrinas? *Leon.* Señor.

Enr. Beatriz?

Beat. Padre, y señor. *Enr.* Que gallardas!
podeis competir las dos
con Venus, y con Diana.
Dios os haga tan dichosas,

para honor de aquestas canas,
como el alma lo desea,
sed cuerdas, como bizarras.
Mirad las obligaciones
del estado que os aguarda,
estimad vuestros maridos
con la vida, y con el alma.
Acariciadlos corteses,
con obras, y con palabras;
porque quando à los maridos
las mugeres desagradan,
con poca aficion los miran,
y con enfado los tratan,
suelen buscar en la agena
lo que les falta en su casa.
No desperdiciéis la hacienda
en las galas excusadas,
inventarlas es locura,
y usad de las inventadas
con moderacion, prudencia,
sed sufridas, recatadas,
no mui amigas de fiestas,
severas, y cortesanas.
Y porque siento ruido,
digo, hijas, que esto basta,
que en tanta prudencia, no
hacen mis consejos falta.

Tocan, y salen D. Juan, D. Diego, D. Pedro, y Senacho, llega D. Juan à Doña Leonor, y D. Diego à Doña Beatriz.

Juan. Dichoso, Leonor hermosa:
Dieg. Felice, Beatriz gallarda:

Juan. Quien sin serviros alcanza:

Juan. A gozar tan alta dicha.

Dieg. A gozar gloria tan alta.

Leon. Besoos las manos, Don Juan,
por el favor. *Juan.* Que bizarra!

Beat. El Cielo, D. Diego, os guarde.

Juan. Miente mil veces la fama,

quando en acentos sonoros
vuestra hermosura se alaba,
pues no dice quanto en vos
admira, conoce, y halla,
porque para celebraros

El Ofensor de sí mismo.

es corto aplauso la fama.

Leon. Tanto favor? *Juan.* Todo es poco.

Leon. Galan, y discreto (ay ansias!) *ap.*
es Don Juan, y me atormenta
el ver en desdichas tantas,
que siendo él quien me adora,
foi yo misma quien le engaña.

Beat. Mui amoroso venís.

Juan. Locuras de amor no agravian:
perdonad, Beatriz hermosa,
que mi advertencia turbada
hizo una desfeortesia,
para hacer lisonja al alma.

Beat. No hay perd on donde no hay culpa.

Repara D. Juan en la vanda de Beatriz.

Juan. Vive Dios, que aquella vanda, *ap.*
que tiene Beatriz al cuello,
es la que le dí à la Dama
à quien engañé, la noche,
que fue de sus males causa.

Dieg. Señora Doña Leonor,
tan dichosa el Cielo os haga,
como deseo. *Leon.* El os guarde.

Enr. Al Cura solo se aguarda
para desposaros. *Juan.* Cielos,
si Beatriz es la engañada!
Si yo he gozado à Beatriz,
como lo dice la vanda,
como se casa? que es esto? *Todos ap.*
descubriré la maraña?

no, que arriesgo su opinion:
yo le debo la palabra,
aunque con nombre supuesto.

Senac. Los señores novios callan
por no decir necedades,
como sino hablar palabra
fuera poca necedad.

Enr. Entremonos en la sala
mientras viene el Cura: vamos.

Dieg. Yo obedezco lo que mandas.

Vanse todos, y detiene. D. Juan à D. Diego.

Juan. Señor Don Diego, aguardad,
y escuchad una palabra:
entraronse? *Dieg.* Ya se entraron.

Juan. El alma tengo turbada: *ap.*
como le diré la afrenta,
por estorvar la desgracia,
que le puede suceder
à Beatriz? no hallo palabras,
que mi sentimiento expliquen.

Dieg. Que imaginaciones varias,
Don Juan amigo, os advierten,
os asustan, y embarazan
en semejante ocasion?

Juan. Yo confieso que es bizarra *ap.*
Leonor, mas Beatriz su prima
es hermosa, y es gallarda.

No pierdo nada en el trueque,
antes aseguro el alma
de un escrúpulo: Don Diego,
todo al decirlo me falta.

Amigo, à vos os importa,
y à mí por secretas causas,
para desposarnos hoy,
hacer trueco de las Damas.

Vos os habeis de casar
con Doña Leonor. *Dieg.* Que gracia!

Juan. Y yo con Doña Beatriz,
que así evito una desgracia,
y esto, Don Diego, le importa
à vuestro honor, y à mi alma.

Dieg. Qué decís, Don Juan, estáis
sin seso, decid la causa.

Juan. Aunque la vida me cueste,
no tengo de publicarla.

Dieg. Yo tengo, señor Don Juan,
la satisfaccion que basta
de Doña Beatriz mi esposa,
es prudente, es noble, es casta:
y es quien es, y vive el Cielo,
que quien sus partes agravia,
ù no tiene seso, ò intenta,
que le dé muerte, ò se engaña.

Juan. Tambien como vos conozco,
que es Doña Beatriz mas clara,
que la luz del Sol, que corre
por las esferas dotadas;
si yo contra su opinion,

Don Diego, imagino nada:

no me debo de explicar,
pues no entendeis mis palabras.

Dieg. Decís, que importa à mi honor
no ser su esposo, y no basta
para sufrir lo que digo?

Juan. Casaos, Don Diego, gozadla
mil siglos: disimular *ap.*
pretendo, pues él se engaña,
no tendrá de que quejaros,
que à mi lo dicho me basta.

Dieg. Dad vos à Leonor la mano,
como à esposo, que os aguarda,
que mui bien está lo hecho,
y mirad que ya nós llaman.

Al entrarse dice cada uno à parte.

Juan. O triste, Don Diego, ò triste!
Infeliz, y desgraciada *ap.*
Beatriz, si acaso Don Diego
mira de tu honor la mancha!

Dieg. O, desdichado Don Juan! *ap.*
O, Leonor desventurada,
si acaso Don Juan penoso,
la mancha de tu honor halla!

Juan. Que noche le aguarda al pobre
D. Diego! Dieg. Que noche aguarda
al engañado Don Juan!

Juan. Matarála, cosa es llana.

Dieg. A Leonor le dará muerte.

Juan. Que puede hacer, siendo clara
su deshonra? Dieg. Qué ha de hacer,
si vé patente su infamia?

Juan. Lastima tengo à Don Diego,

Dieg. Sin duda adivina el alma
de Don Juan su mal, por eso
queria trocar las Damas.

Juan. A lo hecho no hay remedio;
temiendo estoí su desgracia.

JORNADA TERCERA.

*Sale D. Juan. En este jardín florido,
donde musicas sonoras
de galantes paxarillos*

fuelen despertar la Aurora:

Aqui donde dulcemente
la primavera hermosa
llama à Cortes à las flores,
junta à Cabildo las rosas.

Pues me convida el silencio,
quiero averiguar à solas
motivos de mi disgusto,
y escrúpulos de mi honra.

Quiero aconsejarme (ay Cielos!)

conmigo, si siendo proprias
las ofensas, hay alguna,
que aconsejarse disponga.

O, quien pudiera de mi
hacer otra parte, otra, otra
mitad, otro yo, porque

al repetir mis congoxas,
quando yo me condenára
en estas dudas zelosas,

yo tambien me defendiera,
dandome de aquesta forma
yo à mi conmigo la culpa,

yo à mi conmigo la gloria!
Pero no, porque si huviera
otro yo, y yo mi deshonra

conociera el otro yo,
haciendo una accion heroica
à mi me diera la muerte,

estando con esta obra
el ofensor, y ofendido
juntos en una persona.

Aunque si el agravio mio
le sé yo solo, que importa,
no es ocultarle prudencia

à quien de noble blasona?

Si yo me vengo, si yo
le doi la muerte à mi esposa,
en la causa de su muerte

es fuerza que se conozca,
y se publique mi agravio:
luego será justa cosa

disimularlo prudente,
sin que el silencio se rompa.
Mas ay de mi! que el honor

es una opinion honrosa,
un buen concepto, que todos
tienen de alguna persona,
y para perderle, basta
vivir en qualquier memoria,
agravios que se deslustran,
y ofensas que se desdoran.
Pues no es forzoso vivir
con inquietudes penosas,
quando à mi mismo me falta
el concepto de mi honra?
Si para conmigo yo
no soi honrado, que importa
el serlo para con otro?
O venenosa pensión!
ò martyrio de la vida,
que así el decoro malogras!
que à costa de los peligros,
y de tanta sangre à costa,
ya atropellando las picas,
ya sufriendo las pelotas,
quien alcanzarlo pretende,
costosamente lo compra.
Si antes de casarme yo,
ofendió tu honor mi esposa,
en que me agravió, supuesto,
que solo vengar me tocan
agravios que à mi me hizo?
El que estoi sintiendo ahora
correrá por cuenta mia,
si al celebrar nuestras bodas
estaba ya cometido,
supuesto que la persona
de Leonor, halta tomar
la posesion amorosa,
en virtud del Matrimonio,
no era propria como ahora?
Si el delito executaba
casada ya, es cierta cosa,
que quedaba yo afrentado.
Mas que es esto, dudas locas,
siendo tan fragil materia
la del honor, dudais que sobran
delitos en profecía,

para desdorar las glorias?
No es cierto, si compra alguno
de diamantes una joya,
y salen falsos despues,
que es engaño, y sospechosa
la opinion del Mercader
queda con el que la compra?
Pues si la joya de honor
he comprado por preciosa,
y la experimento falsa,
tambien la injuria es notoria.
Y quien antes de casarse,
atrevida, y licenciosa,
su pundonor atropella,
y su recato desdora,
podrá despues de casada,
librarse de sospechosa?
No sé por donde empezar
las queexas que me apasionan,
los pesares que me afligen,
las injurias que me ahogan!
Pudiera naturaleza,
quando dió à cada persona
dos ojos, y dos oidos,
no dar una lengua sola,
pues tiene, para que el alma
informe de sus congoxas,
si dos ojos que las miren,
dos oidos que las oigan,
y para quexarse de ella,
una lengua, y una boca.
Si oigo, y miro como dos,
por qué con penas rabiosas
me he de quexar como uno,
quando mi silencio rompa?
Y pues como uno me quexo,
no será, no, accion impropria,
que como uno solo oiga.
Zeloso estoi, y ofendido,
pues muera Leonor traidora,
porque con su sangre limpie
los borrones de mi honra.
Muera Leonor, Leonor muera,
esta daga rigorosa,

De Don Christoval de Monroy.

para hallar mi venganza,
su candido pecho rompa.
Flor es mi honor, flor del alma,
à quien Leonor cautelosa,
con liviandades marchita,
y seca su altiva pompa;
pues si está la flor marchita,
no cobrará aliento, y forma,
si con sangre no se riega,
pues que con sangre se postra.
Flores, que testigo sois
de mis quejas lastimosas;
buscaros, que recogeis
del Aurora el blanco aljofar;
para rociar al Sol,
quando desmayado asoma
por las puertas del Oriente,
que como aspidas lloran
las criaturas al nacer,
las quiere imitar la Aurora,
llorando al nacer del dia,
sobre silvestres alfombras.
Fuentes, aves, hoy veréis
como dexo à la memoria
escarmiento en el exemplo:
y pues sois testigos todas
de mi agravio, lo fereis
de mi venganza penosa.

Sale D. Dieg. D. Juan amigo, que haceis?

Juan. Aquí divertido ahora
en contemplar la belleza
de que este jardin se adorna.

Dieg. Imaginativo, y triste, *ap.*
su afrenta examina à solas,
haviendo experimentado
la liviandad de su esposa.

Juan. Que alegre que está Don Diego,
tristeza no le ocasiona,
si ya no la disimula
de su esposa la deshonra.

Dieg. Esta tarde en el Jaragui,
por festejo de las bodas,
vamos todos à holgarnos,
que así lo previno ahora

Don Enrique. *Juan.* Cielos, como
puede Don Diego, si toca
mi afrenta misma, gozar,
sino tiene el alma loca,
con regocijo esta fiesta?

No le embarazan, y estorvan
la ofensa, que à mi? pues como
no manifesta congoxa?

Salen Don Enrique, y Don Pedro.

Pedr. Hijos? *Juan.* Señor? *Pedr.* Esta tarde,
porque se alegren las novias,
hemos de ir al Jaragui,
y ya sospecho que es hora:
que decid? *Juan.* Que os obedezco:
vamos si à tu gusto importa.

Enr. Pues Don Pedro, y yo delante,
por buscar algunas cosas,
irémos luego, y nosotros
despues con vuestras esposas:
vamos, Dios os guarde, hijos.

Dieg. A prevenir las carrozas
me parto, Don Juan, à Dios.

Vanse D. Pedro, D. Enrique, y D. Diego.

Juan. Esta es la ocasion mas propria
à mi venganza, matar
ahora à Leonor me importa.

Sale D. Leon. D. Juan, mi esposo, mi bien,
qué tristeza os apasiona,
que pensativo, y suspenso,
dais en el jardin à solas
mucha ocasion de sospecha?
que teneis? *Juan.* Leonor hermosa,
(así divertirla intento,
quando mi favor provoca)
yo no estoi triste, baxé
à ver del jardin lisonjas,
y miraba entretenido
las fiestas de Abril, que ahora
casa con la Primavera,
y celebrando sus bodas,
mascara hace de sus flores,
que fragrantés, y briofas,
à quadrillas reducidas,
unas visten color roxa,

El Ofensor de sí mismo.

otras de plata, y azul,
de amarillo, y nacar otras.

Leon. Pues de esta suerte, Don Juan,
de las flores invidiosa
viviré. *Juan.* Valgame el Cielo! *ap.*
Qué una muger que blasona
de noble, de tal belleza,
y de sangre tan heroica,
al gusto de su apetito
postre el blason de sus glorias!

Leon. Desde la noche primera,
el alma turbada toda,
vacilando el pensamiento,
divertida la memoria
está Don Juan (ay de mi!)
mas que mucho, si yo propia
foi la causa de sus penas?

Juan. Ahora, Cielos, ahora
es buena ocasion, Leonor
muera.

*Vale à dar, y sale Doña Beatriz, sin re-
parar ella, ni Doña Leonor en la accion.*

Beat. Que hay, prima hermosa?

Juan. A que mal tiempo llegó
Beatriz! no faltará otra
ocasion en que vengarme.

Beat. Ya Don Diego en la carroza
à la puerta nos aguarda.

Juan. Vamos, yo pondré mi honra
en el puesto mas sublime,
si mi venganza se logra.

Vanse, y salen D. Pedro, y D. Enrique.

Enr. Qué alegre el campo asiste!

Pedr. De colores el verde Abril se viste
sobre la elada, y candida camisa,
que el Enero le dió de espuma riza,
à quien ladron Otoño, con enojos
le roba sus riberas, y despojos;
bello entretenimiento
es aqueste jardín del pensamiento,
los ahogos divierte,
y con la plata liquida que vierte,
ya en silvestres alfombras olorosas,
con el vulgo de flores, y de rosas.

Enr. Que es ver un arroyuelo, que dilata
su curso, y los crystales desbarata,
tributos de otras fuentes,
entre el murmureo son de sus corriètes.
Nace este dulce arroyo en una sierra,
y trepando veloz con blanda guerra,
à aquel jardin deseñe,
y mas aplauso, y magestad pretende:
pues viniendo bizarro, y cortefano,
aun no se acuerda, que nació Serrano.
Aqui un monte, Palacio de Amalthea,
las aves lifongea,
ministriles de pluma,
su orgullo, y vanidad ostenta en suma,
tanto, que piensa, viendole la gente,
que se quiere casar con una fuente.
Nace la fuente en cuna de esmeralda,
de este monte en la falda,
y es su duro crystal sudor elado,
que suda el monte de subir cansado;
si ya no es su sangría,
que como cada dia
vemos, que al darle verde à los caballos,
suelen despues sangrallos,
asi el Abril, que ayudado del Phaetonte
le dá verde à este monte,
como tanta verdura lo publica,
la sangría le aplica
futil, y transparente,
y es sangría del monte aquesta fuente.

Pedr. Ya vienen, si el ruido
no me engaña el sentido,
bizarros Caballeros, Damas bellas,
resplandecientes de la tierra Estrellas.

*Salen D. Juan, D. Diego, Leonor,
Beatriz, y criados.*

Ju. Cansada havréis llegado, Leonor mia.

Leon. Con vos fuera el cansancio groseria.

Dieg. Beatriz, ventís cansada?

Be. No hay con vos pena, q me aflija nada.

Pe. Qué gallardos! q nobles! q entendidos!
que galanes! que airofos! que lucidos!
El Cielo, hijos discretos,
me dé en vosotros mil dichosos nietos.

Senac.

De Don Christoval de Monroy.

Senac. Inés, escúeha à parte.

In. Qué me dices? *Sen.* Yo tēgo q̄ hablarte, búscame luego. *Pe.* Sobre aqueſtas flores, que ofrecen lifonjas, y favores, podremos merendar. *Ju.* La pena mia, verdugo de mi triste phantasia, no puedo recatarla, aunque pretendo yo difimularla: qué terrible tormento!

Die. A ponderar no acierto mi contento, vamos, y una Academia trazarémos.

Enr. Despues que merendemos.

Leon. Que triste está mi esposo!

Be. Qué alegre está D. Diego. ¿amoroſo! *va.*

Juan. No acabo de imaginar, por qué causa viene à ser tanto en D. Diego el placer, y en mi tan grande el pesar: à los dos quiso igualar fortuna de ofensas llena, à mi apenas me condena, y à D. Diego, en conclusion, le dá la misma ocasion, pero no le dá mi pena. Pues hoy he de saber yo, con una traza curiosa, si él halló honrada à su esposa la noche que la gozó: con la joya que me dió la experiencia he de hacer, si tiene honor he de ver, porque si es noble, y es sabio, y difimula su agravio, no lo sabe conocer: Senacho? *Senac.* Señor.

Juan. Yo tengo gran confianza de ti.

Senac. Bien sabes que te serví.

Juan. Así mi mal entretengo.

Esta joya has de enseñar à Doña Beatriz. *Senac.* Que hermosa! que lucida! que preciosa!

Juan. Sin llegar à declarar quien es el que te la dió.

Senac. A todo esto obediente.

Juan. Aquí es fuerza experimentar si es ella à quien burlé yo, fabré si à Beatriz gocé aquella noche infeliz: ya la vanda me lo dice, aqui lo confirmaré, si conoce los diamantes, y verá como su esposo, difimular amoroso puede agravios semejantes. Quedate, Senacho, aqui, y haz aqueſta diligencia al descuido, y con prudencia.

Senac. Fiate, señor, de mi.

Sale Inés. Senacho, joya estimada, rico estás: que me decias? no respondes? que querias?

Senac. Hablar es cosa excusada, teniendo el oro en las manos, sin lengua sabe pedir, Inés hermosa, y decir mil conceptos soberanos. Pida un hablador discreto algun favor à su Dama, y abraſandole en la llama de amor, digala un Soneto. Y otro traiga un modo rudo, verás que estimados son, el mudo, como Caton, y el discreto, como mudo. Mas dexando aqueſto, Inés, no sabes, que tu hermosura quitarme el alma procura? Ya esto muerto, no lo ves?

Inés. No te acuerdes de morir, fino dame aqueſta joya, feré tuya. *Senac.* Aquí fue Troya: donde hay muger sin pedir?

Inés. Hay quien no pida en rigor?

Sen. Los hombres. *In.* Antes los hombres piden mas, y no te asombres, pues si un hombre tiene amor, siempre de noche, y de dia,

que-

El Ofensor de si mismo.

quejoso alevos rigores,
pide à su Dama favores,
y limita à su porfia.
Qué hacen, dí, de quien ama
múscas, y galanteos,
fino pedir con paféos
los favores de su Dama.
Y si ella su gusto explica,
y le pide algun vestido
al galan, este partido
es solo el que se publica
entre amigos, y escuderos.

Senac. Sí, mas en nuestros amores
pideme tu, Inés, favores,
y no me pidas dineros.

Inés. Yo en pleitos, que amor reprueba
con peticiones me halago.

Senac. Pues yo las costas no pago
hasta dar la causa à prueba.

Inés. El pedir sin ocasion
las Damas, es permitido.

Senac. Siempre todas han tenido,
Inés, esta inclinacion.

Vese en Eva, muger rara,
pues quando Adán la miró,
lo primero que le habló,
fue decirle que pecára.

Y así, no te dé pasar
ver, que el pedirme me asombre,
que obligarle à dar à un hombre,
es obligar à pecar.

Salen Doña Leonor, y Doña Beatriz.

Leon. No me puedo consolar.

Beat. Prima, que tristeza es esta?

Tu sin gusto en las acciones?

Sin nacar las rosas bellas
de tus mexillas? sin brio
los donaires, toda muerta,
divertidas las acciones,
las palabras defatentas?

Que tienes, Leonor, que tienes?
rehereme à mi tus penas,
pues suelen comunicadas
desmayar tal vez la fuerza.

Leon. Beatriz, no has visto à D. Juan,
que sin hacer resistencia
à tanta melancolía,
siempre articulando quejas,
imaginando desdichas,
en lo triste manifesta,
de su severo semblante,
que está padeciendo ofensas?
Qué mucho, viendose así,
ay, Beatriz, que yo padezca!
Pensativo habla à solas,
quando de noche se acuesta,
desabrido me responde,
quando se sienta à la mesa.
Come mal, y con disgusto,
ya levantando las cejas,
ya rumiando las palabras,
y à veces dice su pena,
sin decirla, en un suspiro;
al fin, suspira, y se queja,
no por mi, Beatriz, que yo
estoi de Don Juan mui cerca,
y nadie por lo que goza
tantos pesares ostenta.
Don Juan vive desvelado,
no sé, prima, que sospechas
dan à su inquietud asumpto.
Determinada, y resuelta,
he querido preguntarle
la causa: mas no me dexan *ap.*
mis yerros, y mi delito,
mi temor, y mi verguenza.
No has visto un clavel lozano,
que roxas puntas despliega?
No has visto por la mañana
una candida azucena
aromatizando el viento,
que el clavel por roxo, y ella
por blanca, à la selva uno
la arrebola, otro la aseita,
y saltandoles el Sol,
que los pule, y los alienta,
queda abatido el orgullo,
y postrada la belleza?

De Don Christoval de Monroy.

Yo con estas flores (quiere tomarme aquesta licencia) alegre, y feliz vivia: pero ya la luz depuesta de Don Juan, como flor vivo, sin el Sol marchita, y seca.

Beat. Sabe el Cielo lo que siento tus disgustos, y tus penas.

Senac. Vete, Inés, que es tu señora: famosa ocasion es esta *ap.* para enseñarle la joya.

Beat. Senacho, así se requiebran las doncellas? *Senac.* Yo, señora, trataba de otras materias con Inés, y no de amores, que mi brio, y gentileza se emplea en prendas mas altas.

Beat. Quién son, Senacho, esas prendas?

Senac. Damas de mas vanidad.

Leon. Quantas tienes? *Se.* Mas de treinta, unas viejas, y otras mozas, tengo blancas, y morenas, altas, gordas, grandes, chicas, musicas, discretas, necias, y todas nobles, y ricas, testigo esta joya sea, que yendola à visitar me dió no ha mucho una de ellas.

Sale Don Juan, y quedase al paño.

Juan. Ya le ha enseñado la joya, y si la conoce, es cierta mi presuncion, escondido he de escuchar la respuesta.

Beat. Yo conozco aquesta joya,

Senacho. *Juan.* Ya lo confiesa, ella la engañada fue, confirmóse mi sospecha.

Leon. Aquesta joya, Senacho, he de quedarme con ella, porque yo de agradecida paga te daré suprema.

Senac. Del alma tambien, señora, bien podeis servirnos de ella.

Leon. Suspenfa, y muda he quedado

en ocasion tan horrenda.

Juan. Es ilusion la que miro? muda Leonor, y suspenfa ha quedado. *Leon.* Esta es la joya, que aquella noche, si aquella Aurora de mis engaños le dí al autor de mi ofensa.

Si fue este villano (ay, Cielos!) quien mereció con cautela, mis amorosos favores?

Valgame el Cielo, qué fuera si triumphara de mi honor hombre de tan baxas prendas!

Senac. Mirandome está mi ama, descolorida, y atenta, si le he parecido bien? que no será la primera, que se agrade de sus pages. Yo tengo muy buenas piernas, buena vigote, buenas manos, que estos juanetes apenas se ven como son tan chicos, divertida me contempla.

Leon. Ay desgracia semejante! será el descubrirlo fuerza.

Juan. Beatriz conoció la joya, Leonor se quedó con ella: si la joya es de Leonor sabré ahora: honor, alerta.

Leon. Senacho? *Senac.* Señora mia.

Leon. Quiero averiguar mis penas, y si es cierta mi desdicha.

Senac. No hay duda, por mi está muerta, ella me quiere, y me adora.

Leon. Quien te dió esa joya bella me has, Senacho, de decir.

Senac. Sabeis, que lo que deseas podré deciroslo yo?

Leon. Denme los Cielos paciencia, que bien lo habré menester; por cierto tén, que recela el alma un indicio fuerte, que en esa joya demuestras.

Senac. Que tenga zelos? no sé *ap.* que

El Ofensor de sí mismo.

que le diga por respuesta :
no la conozco. *Leon.* Senacho,
dime la verdad, no mientas.

Senac. No conocerla no es mucho,
señora, teniendo treinta.

Leon. Dexa las burlas, Senacho.

Senac. Como me quiere de veras,
quiere que de veras hable ;
quien vió dicha como esta?
la verdad es, que una noche
(yo he de decirlo, aunque mienta
el suceſo de mi amo,
como si me sucediera
à mi mismo) mui obscura,
paſando por una puerta,
la sentí abrir, y llamaron.

Leon. Quien esto escucha, que espera ?

Senac. Entré sin saber adonde.

Leon. Detén, infame, la lengua,
que con tu espada, villano,
te he de dár muerte yo mesma,
antes que osado pronuncies,
tu osadía, y mis afrentas.

Senac. Ay que me mata.

Sale D. Juan. Qué es esto ?

Leon. Turbada estoi, y suspensa.

Juan. Qué causa, Leonor hermosa,
que à tanto rigor os mueva
os dió Senacho? *Senac.* Ay de mi,
que valiente que es la hembra!
volvióse el sueño del perro
el amor. *Juan.* Salté allá fuera.

Senac. Esto de mui buena gana. *vaf.*

Leon. El susto me tiene muerta.

Juan. Ya es tiempo, Leonor hermosa,
que de la prision estrecha
del pecho salgan rompiendo
con el silencio las quejas.
Yo por casarme contigo
hice examen de dos prendas,
que naturaleza, y fangre
os dieron à competencia,
que os di, sin haveros visto,
la mano, heroica fineza ;

aunque visto à buena luz,
no sé si es accion discreta,
que à empresa tal, el honor
sin los ojos se refuelva.

No porque esté arrepentido
digo aquesto, Leonor bella,
que si al paſo que sois noble,
prudente, entendida, cuerda,
y hermosa fuerais honrada,
con menos dolor vivieran
las sospechas que me afligen,
los zelos, que me atormentan.

Leon. Basta, Don Juan, que no niego
mis culpas, y tus ofensas :
mateme, Don Juan, tu azero :
mas escucha antes que muera,
la ocasion de mis desdichas,
que à tales extremos llega.

Juan. Respondate mi atencion.

Leon. Oye. *Juan.* Dilo.

Leon. Escucha. *Juan.* Empieza.

Le. Salí una tarde (ay, Dios!) salí una tarde
à ver de Flora el floreciente alarde,
à este jardin ameno,
sobre esmeraldas de diamantes lleno,
vióme Don Diego en él, galanteóme,
y cortés obligóme
con ruegos, y promesas,
à agradecer sus licitas finezas.

Desde entóces, D. Juan, desde aquel dia,
Don Diego me siguió con tal porfia,
que si de jaspe mis entrañas fueran,
no sus nobles finezas resistieran.

Ya de dia la calle paseaba,
Argos de mis balcones lo miraba,
de fuerte sí, que su cuidado atento,
de atencion se pasó à embelesamiento.
Y de noche las musicas traía ;
y vistiéndo de dulce melodía
el viento que alegraba
lo triste de la noche suavifaba.
Seguiame en las fiestas amoroso,
galan, y festejoso,
dando mas ocasion à mi desseo

De Don Christoval de Monroy.

lo cortés, el despejo, el galanteo.
Mas despues (ay de mi!) q̄ con cuidados
sobornó mis criadas, y criados;
atrevido me escribe,
sus papeles mi afecto los recibe,
dóde tierno me dice en dulces nombres
aqueſas cosas que escribís los hombres.
Rendí al fin mis orgullos mas crueles,
mas que à su voluntad, à sus papeles;
porque es para vencernos en efecto,
un papel el tercero mas discreto:
y es en nosotras gala de delito
humanarse à un papel, si es biẽ escrito.
En este tiempo (ay Cielos!) temerosa
cobarde, y zelosa
supe como mi tio con empeño
me buscaba otro esposo, y otro dueño,
quise decir mi amor, no me atrevía,
pretendí dilatarlo, no podia,
y tanto padecí, que el pensamiento
plaza de martir dió mi pensamiento,
hasta que ya confusa, sí constante,
resuelta, y atrevida, como amante,
sin cordura, sin seso,
llamo à D. Diego, cuentole el suceso.
Resolvimos los dos, que aquella noche
ausentè el roxo coche,
à mi casa viniera,
donde dueño del alma le hiciera:
mas miento, porque el alma
no le diera à D. Diego el triumpho,
y palma
con yerros semejantes,
fino fuera su dueño mucho antes.
Fuese el Sol, aguardéle cuidadosa,
la seña escucho, y abro temerosa,
quando un hombre atrevido,
para engañarme atento, y prevenido,
con falsa voz responde,
con caricias de amor me corresponde:
yo (ay de mi!) sin sosiego,
juzgandole Don Diego,
como la voz fingía,
ocasioné tu agravio en profecía:

dióme una vanda, dile yo esta joya,
saquéle al fin de casa,
(de repetirlo el alma se me abraſa!)
vióle al salir Don Diego,
vinome à ver zeloso, y sin sosiego:
declarase el engaño,
conose su desdicha, y yo mi daño:
ofendido se vuelve,
à no casarse noble se resuelve,
yo à peticion de mi valor, y brio,
le reto, y desafío,
pensando que me engaña,
facole al campo, y allí me desengaña,
dame palabra de callar mi agravio,
yo sin mover el labio,
aunque mi mal supongo,
à casarme dispongo;
doite la mano como indigna esposa,
toda turbada, toda recelosa,
conoces mi delito,
aunque disimularle solicito,
y del grave pesar embarazado,
tibio respondes, hablas enfadado:
este es mi agravio, y mis ofensas graves,
lo demás que ha pasado tu lo sabes.

Juan. Enjuga, Leonor, el llanto,
pues el Cielo darles quiso
à mis recelos sosiego
en tan ciegos laberintos.
El curso dexa al aljofar,
no llores quando yo rio:
y pues me miras alegre,
no desperdicies suspiros.
Yo fui, Leonor, quien borró
el esplendor terso, y limpio
de tu honor, con la cautela,
que sabes, y has referido.
Y yo tambien, quien ahora
tus agravios satisfizo:
ahora estuve agraviado,
y ya no estoi ofendido.
Yo à ti te quité el honor,
y casandome contigo,
participo de tu injuria,

El Ofensor de sí mismo.

de tu ofensa participo.
Mas si cometí la ofensa,
contra ti, y contra mi altivo,
ya satisfago à los dos,
à ti, siendo tu marido,
y à mi, con ser como soi,
el Ofensor de mi mismo;
pues donde el agravio es proprio,
mal será ageno el castigo:
vamos à ver à Don Diego.
Leon. Qué escucho, Cielos benignos!
Lan. Satisfacerle pretendo,
como importa al honor mio:
ò cautela mas feliz,
que oyó la fama en los siglos!
Salen Doña Beatriz, y Don Diego.
Beat. Aquí están: prima Leonor?
Juan. Caballeros, yo he querido,
por satisfacer mi honor,
que es fuerza que esté perdido
en los dos, daros ahora
de que le he cobrado, indicios.
Y dexando digresiones,
por ser excusadas, digo,
que D. Diego amó à Leonor,
con fin de ser su marido,
que de lo que aqui propongo,
los dos sois buenos testigos.
Leonor ciega de su amor,
dió permission à delitos
contra su honor, y una noche,
que mas atrevida quiso,
aguardando estaba amante
à D. Diego, quando al sitio
vino un hombre, y la gozó
pensando Leonor (que hechizo!)
que era Don Diego su esposo:
esto es lo que habreis sabido;
pues por saberlo Don Diego,
casar con Leonor no quiso.
Mas que no ignoreis importa,

que aquella noche yo mismo
fui quien engañó à Leonor,
convidado del delito.
Dés pues viniendo à casarme,
una vanda al pecho miro
de Beatriz, que dí à Leonor
la misma noche, imagino,
que Leonor no es la ofendida:
à Don Diego no le explico,
temeroso, la ocasion,
aunque troquemos, le digo,
las Damas, para casarnos,
por excusar el peligro.
Mas la joya, que Leonor
me dió con pecho benigno,
es esta, con que el engaño
prudentemente averiguo.
Yo fui dueño de mi agravio,
yo contra mi mi delito
ocasioné, siendo yo
el Ofensor de mi mismo.
Sabedlo, Beatriz hermosa,
sabedlo, Don Diego amigo,
y ved mi honor satisfecho,
pues le visteis ofendido.
Beat. Mil parabienes, Leonor,
te doi de tu regocijo.
Dieg. Yo, Don Juan, si en prophecía
puede ofender un delito
de haver querido à Leonor,
perdon mil veces os pido.
Juan. No hai perdon donde no hai culpa.
Beat. Ya viene mi padre. *Salen todos.*
Enr. Hijos,
ya es hora de dar la vuelta
à Granada. *Leon.* Y dar principio
al festejo de mi dicha.
Juan. Y fin con humilde estilo,
perdon pidiendo al Senado
el Ofensor de sí mismo.
F I N.

Con Licencia. BARGELONA: Por JUAN SERRA Impresor.

A Cesta de la Compañia.